

LA REPRESENTACIÓN INFANTIL EN EL ARTE ANTIGUO

EDUARDO NOGUERA

¿Por qué en el arte antiguo el niño estaba representado en muy pocas ocasiones? Tema de mucho interés por abordar. En el arte occidental vemos que apenas aparece; los griegos, maestros de la belleza y de las formas estéticas, reprodujeron al hombre y a la mujer en magníficas esculturas pero relegaron al niño a un plano secundario. Quizás fue porque aún no estaba desarrollado y no había alcanzado las normas de belleza de un ser adulto, por lo que rara vez se ve la imagen del niño sino como complemento, si acaso como un ser defectuoso: un adulto de menor tamaño, confundible con un enano. Eso mismo ocurre en otras civilizaciones de la Antigüedad y necesitamos llegar a nuestra era para observar que el ser infantil por excelencia es el Niño Jesús, pero solamente es la figura del Divino. Los ángeles son también infantes celestiales. Durante la Edad Media no se le concede actuación en el arte, se le representa con facciones de adulto en cuerpos pequeños.

En el Renacimiento, hace su aparición en el arte, quizás por haberse logrado entonces una mejor interpretación del arte clásico y una revalorización del arte cristiano, vemos niños tal como son, con sus rasgos infantiles y cuerpos proporcionados. Pero no en todas las artes de esos periodos se le representa con naturalidad. Se nota una poderosa influencia del atavío de los mayores. Aparecen como hombre-enano y con la indumentaria de los adultos. Las niñas se ven como sus madres, con anchas y colgantes mangas, vestimenta muy larga y baja, apretado corsé. A su vez los niños ostentan el típico vestido del hombre, sin faltar la clásica peluca dieciochesca; como excepción está el caso del niño don Manuel Osorio de Zúñiga, por Goya (1746-1828), que ostenta indumentaria propiamente infantil.

Puede considerarse el siglo XIX como el momento en que se le reconoce al niño igualdad y, en cierto modo, supremacía

en las representaciones artísticas. Entonces los pintores y escultores lo exhiben en todas las actitudes: jugando, durmiendo, comiendo, pero sin ninguna afectación; actuando con el mayor naturalismo. Es ahora cuando empieza el reinado del niño. Sin embargo, no todo es belleza. Como un reflejo de las transformaciones sociales que iniciadas a fines del siglo XVIII se intensifican en el XIX, vemos que junto con bellos infantes, hay niños enclenques, descuidados, tristes, pobres, explotados por los mayores y que reclaman una mejor condición a quienes son responsables de su lamentable situación y piden una mejoría en todos los órdenes. Y, ahora, en nuestro siglo, el niño ocupa lugar preponderante, no sólo en el arte sino en la misma jerarquía social, como lo comprobamos por su representación diaria y en gran proporción. Son los tiranos de la casa y su fotografía es tomada desde su más tierna infancia.

Si eso es lo que ocurría en el mundo occidental, ¿qué panorama ofrecen las civilizaciones del Nuevo Mundo y, concretamente, Mesoamérica? Aquí sucede en cierto sentido lo opuesto a lo que vimos en el arte occidental. Las representaciones del niño se encuentran desde los horizontes más antiguos.

Desde luego, en el Pre-clásico Inferior no tenemos pruebas concluyentes de la representación de niños. Es cierto que en ese período son muy abundantes las figurillas humanas, como en El Arbolillo, Zacatenco y Tlatilco, pero no hay o no se han encontrado claras manifestaciones infantiles. Sólo a partir del Pre-clásico Medio es cuando surge el arte tan extraordinario cuyas principales exponentes son Tlatilco, centro de México y los clásicos lugares de La Venta y Tres Zapotes, al igual que en el área maya. Aquí vemos la figura del niño en toda su majestad, no sólo como acompañante de la madre sino en figuras aisladas (figura I). En el primer caso aparece en variadas posiciones: cargado en la espalda por la madre, llevado en brazos o bien en el regazo y visto por la madre con maternal cariño. Entre estas últimas figuras se encuentran las encontradas en Tlatilco y la más reciente hallada en Veracruz, a la que nos referiremos en páginas siguientes. Pero esta representación no sólo es en figuras de barro, sino también en las famosas estatuillas de jade y los notables relieves de La Venta. Antes de estos hallazgos le cupo el honor a Gualupita, Estado de Morelos, de ser el primer sitio donde aparecieron los primeros niños, y Vaillant su descubridor, quien les acuñó el nombre de "baby

faces" (caras de niños) a las famosas estatuillas. Este material ha sido amplia y largamente descrito en numerosas publicaciones, lo cual nos exime de insistir ahora sobre este punto.¹ De todos modos, estos descubrimientos y los que siguieron después mostraron que en esos lejanos horizontes de Mesoamérica la figura del niño era considerada de primera importancia y se le representaba con naturalidad, aunque a veces eran adultos anifiados o enanos con rasgos infantiles.

Contrariamente a lo que vimos en el Pre-clásico Medio, cuando fue el auge de tales civilizaciones, notamos en el Superior, en las cerámicas y particularmente la estatuaria, una degeneración o menor perfeccionamiento. En cuanto a las figurillas no tenemos una muestra clara de representaciones infantiles, al menos no tan evidentes como en el Pre-clásico Medio.

Al pasar al horizonte Clásico, hay que considerar otro panorama diferente. En primer lugar las figurillas humanas ofrecen muchas representaciones de niños, pero siempre acompañados de la madre. Esto se observa de manera preponderante en el periodo Teotihuacán IV, época de la que se conservan numerosas estatuillas, muchas de ellas correspondientes a dioses. Hay otras muchas figurillas, pero es difícil dictaminar si se trata de una representación intencional de niños, o bien son figuras de adultos con caras anifiadas, o es en realidad un personaje mayor expresado con imperfección por el alfarero. Las representaciones de un personaje femenino cargando a un niño, que puede corresponder a madre e hijo, son simbólicas de determinadas deidades como es el caso en culturas posteriores (figura 2 a-c) y se perpetúan en muchas otras civilizaciones.

De ahí que en el horizonte clásico de Mesoamérica, en especial en las representaciones humanas halladas en Teotihuacán, sean relativamente frecuentes la madre cargando al hijo; ello puede ser un anticipo de la cultura mexicana que corresponde a las deidades Ciuacoatl, Coatlicue y en ocasiones Xochiquetzal, es decir, deidades femeninas de las que más adelante nos ocuparemos.

Fuera de estas figurillas asociadas de madre e hijo, no encontramos de manera precisa la figura del niño en forma independiente. Sin embargo, sospechamos que sí se representó, aunque no en forma clara. Por ejemplo hay varias figurillas del periodo Teotihuacán I (Tzacualli) que pueden correspon-

¹ Vaillant, 1934.

der a niños, teniendo en cuenta sus rasgos infantiles y su expresión ingenua, aunque también pudieran ser la expresión imperfecta de un adulto.

Esta situación se puede extender al periodo tolteca, en sus manifestaciones de pintura, relieve, escultura o cerámica. Estos aspectos no han sido debidamente investigados, ni hemos podido disponer de material abundante para dictaminar de manera concluyente la falta de representaciones en el complejo tolteca.

Distintas modalidades se nos ofrecen en cuanto a la cultura azteca. Aquí contamos con numerosos datos y abundante material que ilustran sobre el papel tan importante que jugó el niño en la sociedad azteca; se dispone de muchas referencias de carácter histórico que señalan la situación, funciones y tratamiento con el infante.

Las informaciones de las fuentes indican que al nacer el niño era lavado y envuelto en pañales, conforme lo describen los cronistas, en especial Sahagún. A continuación era consultado el Tonalamatl a fin de saber si el día de su nacimiento era de buena o mala suerte. Si no era propicio, se posponía para días más tarde la ceremonia que se hacía para festejar el nacimiento. Cuando ésta tenía lugar, los invitados rociaban pulque y alimentos sobre el fuego sagrado que había sido encendido en honor del dios del fuego, Huehuateotl, venerado desde las antiguas épocas del Pre-clásico. Si el recién nacido era varón, ponían armas de juguete en sus manos; en cambio, siendo mujercita, juguetes como malacates simulando que tejía. A continuación se le daba el nombre que le correspondía del Tonalamatl. Así el niño recibía, por ejemplo, el nombre de Cinco Conejo, Dos Pedernal, etcétera; a la niña le daban nombres apropiados, casi siempre relacionados con la flor.

Que el niño era tratado con ternura por parte de la madre, lo vemos demostrado en el *Manuscrito de Cantares* en donde aparece un *cozolcuicatl*, o sea canción de cuna dirigida al pequeño Ahuizotl, a que se refiere León-Portilla en su reciente estudio.²

Conforme crecía el niño, su adiestramiento y educación comenzaba a la edad de tres años, con objeto de inculcarle desde ese momento sus futuras obligaciones para la vida adulta. Los padres se encargaban de la educación de los varones y las ma-

² León-Portilla, 1957.

dres la de las niñas. A los seis años les daban consejos y se les sermoneaba, a la vez que les enseñaban a usar los implementos propios de cada sexo.

Siguiendo la educación del niño, ilustrada en el Códice Mendocino, vemos que cuando muy pequeños y como reprimenda se les hacían simples amonestaciones, los castigos corporales eran para niños mayores: desde pinchar la mano con púas de magüey hasta dejarlos expuestos durante la noche a los fríos de las altas montañas, o bien sumergirlos desnudos dentro de un charco de lodo. A la edad de quince o dieciséis años eran llevados al "telpuchcalli" (escuela de jóvenes) o al "calmecac" para seguir la carrera de sacerdote (figura 5 b). Finalmente, ya un joven formado, a los veinte años, estaba listo para casarse.

Hay otros aspectos con relación al papel que desempeñó el niño en la sociedad mexicana, pero debemos volver a nuestro tema principal cual es su representación. En códices y relieves se aprecia la imagen del infante, pero mejores ejemplos los tenemos en las figurillas de barro. Es cierto que casi no se han encontrado representaciones aisladas del niño, pero es frecuente su aparición en compañía de un personaje femenino como complemento y representativo de determinadas deidades.

En el estudio de Henri Lehmann, del Museo del Hombre de París,³ hay una buena descripción de figurillas, algunas de ellas propiedad de esa institución que, junto con las que posee el Museo Nacional de Antropología, nos permiten observar las características principales de tales representaciones. Entre estas diversas estatuillas hay algunas que llevan cargando a un niño, lo cual permite establecer las siguientes variantes, como así lo hace resaltar el propio Lehmann:

1. Personaje femenino cargando a un niño en el brazo derecho (figura 3 a; figura 4 a, b).
2. Personaje femenino de pie, con un niño en el brazo izquierdo (figura 3 c, f; figura 4 c).
3. Personaje representando una mujer de pie con un niño delante de ella (figura 3 e).
4. Mujer de pie cargando dos niños, uno varón y la otra niña (figura 3 b).

³ Lehmann, 1954-55.

5. Personaje femenino en posición sedente cargando a un niño en el brazo derecho (figura 4 a).
6. Mujer en posición sedente con un infante delante de ella (figura 3 d).

Ahora bien, según observaciones del mismo autor por lo que se refiere a las figurillas del Museo del Hombre, y que ocurre igualmente con las del Museo Nacional de México (como se puede comprobar en las ilustraciones referidas), el personaje femenino va cargando a un niño indistintamente en el brazo derecho o en el izquierdo, pero también hay casos (figura 3 b), en que carga dos niños; el de la derecha es niña con los brazos en alto y las manos abiertas; el busto desnudo y se aprecian los senos; va vestida con una enagüilla fijada a la cintura; el del lado izquierdo es niño desnudo y sólo provisto del maxtlatl; también lleva una banda en la cintura, como en el caso de la figurilla sedente (figura 3 d).

En el caso de las figurillas que van cargadas en el brazo izquierdo del personaje, la niña está vestida con una falda rígida y lleva un *quechquemitl*. Además, contrariamente al caso anterior, lleva los brazos sobre el vientre (figura 3 c, f; figura 4 c).

En cambio, las figurillas de niñas colocadas delante de la mujer, tienen ciertas particularidades (figura 3 d): se apoya sobre las manos de la madre, va vestida de un pequeño *quechquemitl*, los senos no aparecen y lleva un adorno en el cuello. En otras piezas se les ve con los senos aparentes y van provistas de tocados, algunos muy vistosos y no siempre iguales a los de la madre (figura 4 a).

En las representaciones de varones, unas veces aparecen cargados por el personaje femenino en el brazo derecho, en tanto que en el izquierdo sostiene a una niña. En otra figurilla se ve a un niño bastante crecido con anchas orejeras, taparrabo (maxtlatl) y tocado semejante al de la madre en forma de una prolongación alta y plana, pero no doble como en el caso del personaje femenino (figura 4 b).

Las figurillas cargando niños, se han identificado inicialmente por Seler como representativas de Ciuacoatl, pero investigaciones posteriores y comparaciones detenidas permiten afirmar que también corresponden a Xochiquetzal.

Se explica e identifica que son representativas de *Ciuacoatl* (Mujer Serpiente) por llevar cargando uno o dos niños, ya que según las crónicas esta diosa presidía los partos. Se aparecía a los humanos en forma de una bella señora y durante la noche iba gritando, dando alaridos y se la veía cargando una cuna que al ser examinada no contenía más que una navaja de obsidiana. En otras palabras, el presidir los partos y llevar, según la leyenda, una cuna, alude al nacimiento de los seres humanos y por ello se le representa con una niña o una pareja, niña y varón, en cada brazo.

Además, su relación con los infantes se explica porque era la patrona de la *Ciuateteo*, la mujer que murió al dar a luz y quien volvió al mundo para asustar a los mortales convirtiéndose en "La Llorona", ya de sabor colonial y quien llevaba una cuna con el cuerpo de un recién nacido. También a la *Ciuacoatl* se le atribuye haber triturado huesos y con ello dar nacimiento a la primer pareja humana, razón por la cual aparece con dos infantes: varón y hembra.

La asociación de niños con *Xochiquetzal* se explica por el hecho de ser esta deidad la diosa de las flores, el baile y la danza; además era la patrona de los placeres sexuales; también puede explicarse su asociación porque según Torquemada, los tlaxcaltecas sacrificaban muchos niños en honor de *Xochiquetzal*. Igualmente esta relación se manifiesta porque, según el Códice Vaticano A, dicha deidad era la patrona de las mujeres embarazadas. En el Códice Borgia está considerada como la gran parturienta; se ve que sale de su cuerpo una pluma de quetzal, simbolismo del recién nacido. También aparece junto con sus dos gemelos acabados de nacer; es decir, escenas y funciones de *Xochiquetzal* asociadas con los niños.

Son muy pocas las representaciones de niños en las culturas de Oaxaca, al menos no nos ha sido posible examinar suficiente material de esas regiones. Entre las figurillas de barro no encontramos representaciones que puedan atribuirse a niños, ni aisladamente ni en asociación con otro personaje. En las pinturas y en los códices hay mejores elementos de estudio, pero como no hemos tenido la oportunidad ni facilidades de examinar los diversos códices, creemos mejor concretarnos a indicar algunos casos en que se pueden identificar infantes. Así en el Códice Nuttall, hay la figura de lo que parecen ser dos infantes que emergen del árbol generador (figura 5 a). Esta escena se

explica porque, según los mitos de los mixtecas, éstos derivaban de una pareja divina nacida de un árbol. Es indudable que detenidos estudios en los códices mostrarán numerosas representaciones infantiles.

En las culturas del Golfo, tampoco tenemos abundante material representativo de niños. Sin embargo, en esa misma área hay desde luego las manifestaciones correspondientes a la cultura olmeca. Si bien primeramente Vaillant dio a conocer los rasgos olmecas en Morelos, esta cultura ha sido ampliamente estudiada por Sterling, Drucker, Heizer, Covarrubias y otros arqueólogos; y en ella se encuentran magníficas figuras de niño. Además de las ya muy famosas y bien conocidas estatuillas de jade publicadas en diversas obras, hay otras numerosas de barro. Weiant y Drucker⁴ quienes han explorado con detenimiento en la región sur del estado de Veracruz, encuentran en Cerro de las Mesas y Tres Zapotes, figurillas *baby-face* de típico estilo olmeca. Estas figurillas tienen además una amplia distribución local: en Los Tuxtlas, en Jaltipan, sobre el río Coatzacoalcos, Las Mesillas, municipio de Cosamaloapan y muchos otros sitios llegando hasta Honduras y Costa Rica; en nuestro territorio han aparecido en Morelos y Guerrero. Son las típicas representaciones del niño en forma aislada y consideradas como un ser independiente de la madre.

Entre éstas destaca la magnífica estatuilla descubierta en 1965; es un hallazgo de extraordinario valor estético y arqueológico, encontrada en la localidad Las Limas, Jesús Carranza, Ver.; se trata de una estatuilla de piedra verde que ha sido descrita e ilustrada por Medellín.⁵ Lo interesante es que, contrariamente a lo que vimos en la mayoría de las representaciones, es ahora un personaje masculino, quizás un sacerdote quien carga a un niño de profundos rasgos olmecoides (figura 1 a). El personaje está sentado a la oriental, en los brazos sostiene al infante de cuerpo entero, la cabeza apoyada en su brazo derecho; mide 55 cm. de alto y lleva fino tatuaje de figuras simbólicas en la nariz, boca, brazos, pecho y rodillas. El iris del ojo está representado por discos de pirita y las uñas, en manos y pies, han sido tratadas con mucho cuidado. Por su parte el niño tiene, como ya dijimos, la típica boca atigrada, en el pecho ostenta también fino tatuaje y las piernas colgantes

⁴ Drucker, 1943; Weiant, 1943.

⁵ Medellín, 1965.



a



b

c

FIGURA 1. Cultura preclásica.

a) Estatuilla de piedra procedente de Las Limas, Ver.
b, *c*) Figurillas del tipo Baby-face.



a



b



c



d



e



f

Figura 2. *a, b, c*) Figurillas del horizonte clásico.
d, f) Estatuillas de culturas del Golfo.
e) Figurillas del tipo cara sonriente.



a



b



c



d



e



f

Figura B. Cultura azteca.

Diversas representaciones de la diosa Ciacoatl.



a



b



c



d



e

Figura 4. Cultura azteca.
a, b, c) Figurillas alusivas a Xochiquetzal.
d, e) Niños en posición sedente.



a

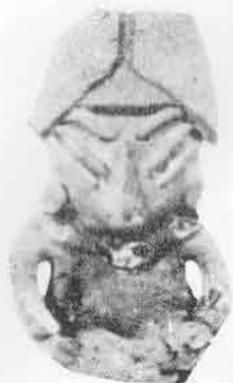


b



c

Figura 5. a) Árbol generador de los mixtecos (Cód. Nuttall).
 b) Niños conducidos por sus padres al Calmecac (Cód. Florentino).
 c) Niños y padres esclavos (Cód. Florentino).



a



b



c



d



e

Figura 6. Culturas del occidente.

- a, b) Figurillas de niños.
- c) Niño recostado en un *icpalli*.
- d, e) Personajes cargando niños.

dan completo realismo a la flacidez. Tal forma de cargar los niños es típica de este horizonte como lo vimos en el altar 5 de La Venta donde aparece un personaje con un niño en sus brazos.

En horizontes posteriores al olmeca, las representaciones infantiles son raras en Veracruz. Durante el clásico, entre las famosas estatuillas de caras sonrientes, algunas pueden considerarse como de niños, aunque otras debido a su aspecto festivo y de alegría pueden simular como infantiles las caras de adultos. En las ilustraciones (figura 2 d-f) hay tres figurillas de rostros infantiles: una de ellas es sonriente, lleva los brazos en alto y larga vestimenta que le llega a los pies; en las otras dos figurillas (figura 2 d, f) cabe observar su aspecto infantil, aunque posiblemente se trate de personas mayores mal ejecutadas. Tanto en este horizonte como en los más tardíos se encuentran algunas estatuillas aparentemente infantiles, pero cabe la posibilidad de que sean enanos o la representación de adultos con rasgos infantiles por imperfección en la ejecución. Existe también la clásica y famosa estatuilla de un adolescente, de Tamuin, en el Museo Nacional de Antropología. MacNeish encontró en Pánuco, extremo norte de Veracruz, figurillas tipo *baby-face*; pero no parecen ser muy abundantes.

Las referencias acerca de los mayas señalan que la educación de los niños era muy semejante a la de los aztecas. Al recién nacido, según refiere Landa, lo lavaban y ponían pañales. A los pocos días le ataban a la cabeza unas tablillas a fin de provocar su deformación artificial, rasgo único y típico de los mayas; lo mismo que la de ser bizco, para conseguirlo le colgaban una bolita entre los ojos, lo que hacía que la estuvieran viendo y así conseguir ese rasgo; a igual que la perforación de las orejas y el tabique nasal para colgar adornos. Más tarde practicaban la operación (que aún hoy día se hace entre los mayas) consistente en llevar cargado al niño a horcajadas, lo que se conoce con el nombre de *betzmek*.

Después se le imponía el nombre, y la madre cuidaba de sus hijos hasta que tenía cuatro o cinco años. Al llegar a la pubertad, conforme lo menciona el obispo Landa, se hacía otra ceremonia que describe con detalle. Después de la pubertad se le consideraba apto para casarse, y ya dejaban de ser niños.

Deben de existir representaciones de infantes en las numerosas estelas que cubren el área maya, pero no tuvimos oportu-

tunidad de examinarlas; lo mismo que en algunos códices. En cuanto a las figurillas de barro se repite el hecho de que en los horizontes más antiguos encontramos varias representaciones de niños. Así, en las costas del Pacífico en Guatemala tenemos representaciones de infantes en forma estilizada, o mejor dicho, se trata de una producción muy primitiva, al grado de sólo sugerir el cuerpo humano, a veces representado por un abultado vientre. Por ejemplo, Girard ilustra una procedente de Ahuachapán, El Salvador. Son de corto tamaño, de 24 a 40 cm. de alto. Lothrop también publica otra representación; algunas se hallan en el Museo Nacional de Guatemala.⁶ Figuras de niño de ese aspecto tan primitivo se encuentran también en Kaminaljuyú, Santa Lucía Cozumalguapa, Concepción, Escuintla.

Sólo al llegar a la cultura olmeca tenemos también en Guatemala magníficas representaciones de niños de verdadero sentido artístico. A propósito de estas figurillas se ha querido ver en ellas representaciones de las deidades relacionadas con el dios del sol y del maíz. En otro sitio llamado Sin Cabezas (Tiquizate, Dpto. de Escuintla) aparece —según Girard—⁷ un personaje sentado a la oriental, desnudo y sólo con un cinturón como adorno y tiene a un niño apoyado en las piernas.

En periodos posteriores, entre las famosas figurillas de Jaina tenemos representaciones de niños, pero acompañados de la madre y excepcionalmente aislados, como representación única de niño.

En las culturas del occidente, que siempre se han distinguido por su naturalismo y en donde son escasas las manifestaciones de estilo convencional o estilizado, resultan relativamente abundantes las figuras de niños. Éstas se hallan expresadas en forma aislada, por sí solas, o acompañadas de un personaje femenino. Tenemos varios ejemplares procedentes de las zonas que han destacado por la elaboración de figurillas antropomorfas, como es el caso en Colima y Nayarit, cada región con su estilo peculiar. De Chupícuaro, Gto., proceden varias figurillas que posiblemente representen a un niño, teniendo en cuenta sus facciones infantiles (figura 6 *a, b*).

En Colima hay otras estatuillas; en un caso, la madre en posición sedente tiene al niño de pie sobre el regazo (figura

⁶ Lothrop, 1926.

⁷ Girard, 1966.

6 *d*) y sostenido con el brazo izquierdo. En otro ejemplar el personaje carga al niño con ambos brazos (figura 6 *e*); y en un último el niño está, no dentro de una cuna, sino recostado en un *icpalli* o silla de tres soportes (figura 6 *c*). Junto con esas representaciones que se podrían aumentar al tratar de las otras culturas del extremo occidente de México, hay estatuillas que más bien representan enanos, seres de miembros desproporcionados y en variadas actitudes. Hay un ejemplar que figura un personaje alado o provisto de amplia capa que extiende con los brazos, o también un individuo de piernas cortas, desarrollado cuerpo y cabeza grande que puede representar igualmente a un enano.

Entre el enorme acervo de piezas de cerámica procedentes de toda el área occidental de México y que llenan museos y colecciones particulares, sería del mayor interés emprender un estudio detallado sobre este tema; estamos seguros que aparecerán numerosísimos ejemplares de niño en diversas actitudes y posiciones.⁸

Después de esta revisión de las principales culturas mesoamericanas en lo tocante a las representaciones infantiles, podemos llegar a las siguientes conclusiones:

1. La figura del niño representada aisladamente, por sí sólo, es frecuente y casi única en los horizontes más antiguos, en el Pre-clásico, según lo vemos en los Valles Centrales, en la zona del Golfo y en el área maya, expresado en la cultura olmeca.

2. El niño acompañado de la madre, cargado en los brazos o en el regazo, o apoyado en la espalda, se encuentra desde los más tempranos periodos y es muy frecuente en culturas del occidente, sin dejar de manifestarse en las restantes culturas de Mesoamérica.

3. Hay predominancia en representar al varón en los periodos más antiguos, en tanto que la niña lo es en épocas tardías y casi siempre acompañada de la madre.

4. Hasta ahora no tenemos fundamentos para suponer que las figurillas del Pre-clásico y del Clásico, cargando niños, sean representativas de determinadas deidades, aunque cabe esa po-

⁸ Las fotografías de la figura 2 *e*, *f*; figura 4 *d*, *e* y figura 6 fueron gentilmente proporcionadas por la arqueóloga Amalia Cardós de Álvarez y el arqueólogo Eduardo Corona, del Departamento de Arqueología del Museo Nacional de Antropología.

sibilidad y en esa forma constituir el antecedente de las reconocidas deidades de culturas más tardías.

5. Si en los horizontes antiguos y en las culturas del occidente tal parece que la asociación de niño y madre carece de significado religioso, lo tiene de manera clara en las culturas más recientes, en especial entre los aztecas donde son representativas de determinado grupo de deidades.

6. No se puede apreciar una forma constante del lado en que va cargado el niño, unas veces en el derecho, otras en el izquierdo, sin que se observe marcada predilección por uno u otro.

7. Al mismo tiempo que es un rasgo general, nótase un mayor naturalismo en las representaciones de niño en los horizontes más antiguos y cierta estilización en los posteriores.

8. Este estudio no es más que una breve iniciación de un interesante tema que aguarda una investigación exhaustiva en códices, pinturas, relieves, esculturas y otras manifestaciones de arte, a fin de lograr una visión completa de las representaciones de infantes y con ello llegar a conocer su verdadero significado.

BIBLIOGRAFÍA

BUTLER, MARY

1935 A study of mouldmade figurines. *American Anthropologist*, vol. 37, núm. 4.

COVARRUBIAS, MIGUEL

1946 El Arte Olmeca de La Venta. *Cuadernos Americanos*, núm. 4, México.

DRUCKER, PHILIP

1943a Ceramic sequence at Tres Zapotes, Ver., *Bureau of American Ethnology*. Bulletin 140, Washington.

1943b Ceramic stratigraphy at Cerro de las Mesas, Ver. *Bureau of American Ethnology*, Bulletin 141, Washington.

GIRARD, RAFAEL

1966 *Los mayas. Su civilización, su historia, sus vinculaciones continentales*, México.

LANDA, DIEGO DE

1938 *Relación de las cosas de Yucatán (1566)*. Edición Pérez Martínez, México.

- LEHMANN, HENRI Y ROBERTO BARLOW
1954-55 Statuette-Grelots aztèques de la vallée de México. Extraits de *Tribus*, t. 4/5, Stuttgart.
- LEÓN-PORTILLA, MIGUEL
1967 *Trece poetas del mundo azteca*. Instituto de Investigaciones Históricas. UNAM, México.
- LOTHROP, S. K.
1926 Stone sculptures from the Finca Arévalo. *Indian Notes*, vol. III, núm. 3.
- MAC NEISH, R. A.
1954 An early archaeological site near Pánuco, Ver. *Transactions of the American Philosophical Society*, vol. 44, part 5, Philadelphia.
- MEDELLÍN Z., ALFONSO
1965 La escultura de Las Limas. *Boletín del Instituto Nacional de Antropología e Historia*, núm. 21, México.
- NOGUERA, EDUARDO
1965 *La cerámica arqueológica de Mesoamérica*. Instituto de Investigaciones Históricas. UNAM, México.
- PIÑA CHAN, ROMÁN
1955 *Las culturas preclásicas de la cuenca de México*. Fondo de Cultura Económica, México.
- PORTER, MURIEL N.
1956 Excavations at Chupícuaro, Gto., México. *Transactions of the American Philosophical Society*, vol. 46, Philadelphia.
- SAHAGÚN, BERNARDINO DE
1956 *Historia general de las cosas de Nueva España*. 4 vols. Ángel M. Garibay K., ed. México.
- SELER, EDUARD
1902-1923 *Gesammelte Abhandlungen zur Amerikanischen Sprach- und Alterthumskunde*, vols. 1 a 5, Berlín.
- SPENCE, LEWIS
1923 *The Gods of Mexico*, London.
- VAILLANT, S. B. y G. C. VAILLANT
1934 Excavations at Gualupita. *Anthropological Papers, American Museum of Natural History*, vol. 35, núm. 1, New York.
- WEIANT, C. W.
1943 An introduction to the ceramics of Tres Zapotes, Veracruz. México. *Smithsonian Institution, Bureau of American Ethnology*, Bull. 139, Washington.